

Las venas abiertas de América Latina (fragmento del capítulo 1)

Eduardo Galeano

1971

Colón quedó deslumbrado por la colorida transparencia del Caribe, el paisaje verde, la dulzura y la limpieza del aire, los pájaros esplendidos y los jóvenes que allí habitaban.

En su tercer viaje Colón seguía creyendo que andaba por el mar de China cuando entró en las costas de Venezuela; informó que desde allí se extendía una tierra infinita que subía hacia el Paraíso Terrenal. Escribió Colón a los reyes de España, desde Jamaica, en 1502: Cuando descubrí las Indias, dije que eran el mayor señorío que hay en el mundo. Les dije del oro, las perlas, las piedras preciosas, las especias.

Una sola bolsa de pimienta valía, en la Edad Media, más que la vida de un hombre, el oro y la plata eran las llaves que el renacimiento empleaba para abrir las puertas del paraíso y las puertas del mercantilismo capitalista. Las tierras vírgenes encendían la codicia de los capitanes, los caballeros y los soldados en harapos lanzados a la conquista de los espectaculares botines de guerra.

Nació el mito de Eldorado, el monarca bañado en oro que los indígenas inventaron para alejar a los intrusos: muchos lo persiguieron en vano por las selvas y las aguas del Amazonas y el Orinoco. El espejismo del “cerro que manaba plata” se hizo realidad en 1545, con el descubrimiento de Potosí. Había oro y plata acumulados en la meseta de México y en el altiplano andino.

Hernán Cortés reveló para España en 1519 la fabulosa magnitud del tesoro azteca de Montezuma y quince años después llegó a Sevilla el gigantesco rescate, un aposento lleno de oro y dos de plata, que Francisco Pizarro hizo pagar al Inca Atahualpa antes de estrangularlo.